

en gran peligro, no ménos que vuestra familia. Por dejarse llevar de esa altanería, apreciable en el fondo, pero intempestiva, ¿sacrificaréis lo que mas estimáis en el mundo? La vida, la libertad, la opulencia y la grandeza tienen mucho atractivo; y no alcanzo que el abatimiento, el desamparo, la esclavitud y alguna cosa todavía peor, les sean preferibles. Anhelo con ansia que V. M. sea de mi dictámen, y le suplico me devuelva el original de esta carta, incluyendo su respuesta.

Tengo el honor de ser, señora, etc.

L. F. J. IGUALDAD. »

Saqué copia de esta carta insolente, y contesté al miserable que había tenido la osadía de escribirla, en estas pocas palabras.

## CONTESTACION

Á

### LA CARTA ANTECEDENTE.

(*Documentos justificativos, núm. 21.*)

« No cabe ningun género de convenio entre la viuda de un soberano y el vasallo rebelado. Por mas que amenaza y descargue, ella no sabe ceder; pero sabrá morir. »

Pasaron algunos días sin que me sucediese cosa notable; pero ni Toulan ni Michonis venían ya al Temple, y los municipales que les sucedieron, me eran desconocidos. Su aspecto y su estremada vigilancia hubieran redoblado mis penas, á no mitigarlas la presencia y caricias de mis hijos, y el afectuoso cuidado y afabilidad de mi

hermana. Mis esperanzas se habían reanimado fuera de esto con la ceremonia de la consagracion de Carlos, y esta ilusion que me entretenía por el dia, me proporcionaba tambien de noche los sueños mas agradables. Esta aparente bonanza fué precursora de la tormenta, pues habiéndome dormido muy tranquila, me encontré al despertar en medio de la borrasca.

No ignoraba que la guerra, que se había encendido durante la vida de mi esposo, había despues de su muerte estendido muy léjos sus llamas; que la coalicion se corroboraba con los prósperos sucesos de sus armas; que la república había sufrido en varios encuentros grandes descabros; y que algunas plazas estaban ya en poder del enemigo. Todo este conjunto de cosas me hacía concebir nuevas esperanzas; y si bien estaba muy distante de desear la esclavitud de una nacion en que

había reinado Luis XVI, y para cuyo trono creía destinado á mi hijo; anhelaba sin embargo vivamente el abatimiento, y aun el castigo de aquel Gobierno orgulloso, grosero y sanguinario, que sustituía los delitos á los abusos, y que solo consolidaba su usurpacion con asesinatos.

Por una contradiccion inseparable de la naturaleza de la anarquía, cuya esencia consiste en la reunion de los principios mas opuestos, al paso que se formaban causas sobre las opiniones, y eran guillotinos los hombres por haber pensado, la libertad de la imprenta, propasándose hasta el desenfreno, no solo publicaba sus glosas acerca de la vida privada y las costumbres de los magistrados, sinó tambien acerca de los desastres públicos. Un vendedor de diarios se situaba por encargo de Michonis al pié del baluarte que está mas inmediato á la torre, y me

enteraba todas las noches de las noticias del dia, repitiéndolas por tres veces, y esforzando su robusta voz en aquellas que mas podían interesarme.

Una noche, despues de haber oido el anuncio de una conspiracion, que se dirigía á entregar en manos del ejército del príncipe de Condé toda la frontera del norte, estaba ya combinando el resultado de este acontecimiento, cuando mis planes lisonjeros fueron interrumpidos por un fuerte estruendo que oí cerca de mi puerta. La abrieron al instante, y luego entró en mi cuarto mucha gente con armas y hachones, en medio de la cual venían tres comisarios condecorados con sus bandas, á quienes pregunté el motivo de esta novedad. Venimos, me respondió uno de los municipales, á notificaros un decreto del tribunal de seguridad pública, al cual esperamos, señora, que os someteréis con resigna-

cion. — Otro de aquellos magistrados me leyó el acuerdo, en que se mandaba que inmediatamente me quitasen á mi hijo, para ponerle bajo la potestad del zapatero Simon, á quien la municipalidad había nombrado ayo suyo. No es difícil el figurarse la congoja, los arrebatos y el delirio de una madre, á quien privan del único consuelo que le queda en su deplorable situacion. Sin hacer mérito del trastorno en que me hallaba, me dirigí al retrete de mi hijo, que dormía tranquila y plácida-mente: uno de los comisarios entró conmigo á su cuarto, y se empeñó en consolarme. Yo había depuesto mi altanería, pues era madre, y creo que llegué á implorar la piedad de mis guardas, á quienes debo hacer la justicia de que me pareció verlos enternecidos. Tal es el imperio de la voz de la naturaleza unida á la desesperacion, aun para con los corazones mas empe-

dernidos. Pero como estos eran agentes de la tiranía, hubiesen oído sus víctimas, si rehusaran ejecutar sus órdenes. Habíase despertado en esto mi hijo, y la vista de las hachas y de las armas, léjos de intimidarle, parece que le infundía una amable serenidad. Se equivocó al principio en el motivo de aquella visita, y adelantándose hacia los municipales, les preguntó con entereza, ¿en qué había delinquido su madre? Volviendo despues sus ojos á los míos, que encontró bañados en lágrimas, no pudo contener las suyas, y arrojándose á mi seno, lloró abundantemente. Le estreché por mucho rato sin poder explicar mi pena y congoja mas que con sollozos; pero luego que recobré las fuerzas, y pude manifestar de otro modo los dolorosos sentimientos que me oprimían; bárbaros, esclamé ¿ícometeréis la crueldad de robar me el único bien que me hace apreciar

aun la vida? ¿No os basta haber asesinado á mi esposo, sinó que queréis tambien ensangrentaros en mi hijo? ¿en mi hijo, que por su edad, atractivos y hermosura, y sobre todo por su inocencia, ablandaría los mas duros corazones? Las naciones salvages respetan el amor maternal; lo conocen hasta las fieras; la crueldad del tigre se amansa á la vista de sus cachorros; y vosotros ¿seréis mas feroces que los tigres, mas insensibles que los pueblos bárbaros? ¿Se han estinguido acaso en vuestros pechos todos los sentimientos de la naturaleza? ¿No hay alguno entre vosotros que sea hombre, que sea padre? no lo sois todos? ¿Qué haríais, qué diríais, si os arrebatasen á vuestros hijos? Ah! muy horrible y criminal es por cierto el patriotismo que os domina, si cierra vuestros corazones á la compasion. Estimád y servíd á vuestro pais; pero no

menospreciéis ni ultrajéis de este modo á la naturaleza. — Quedaron sumergidos en un triste silencio sin atreverse á levantar los ojos, y aun creo que vi correr de sus caidos párpados algunas lágrimas, que me restituyeron la esperanza y desvanecieron mi altanería. ¡O amor maternal, sentimiento inesplicable, que nos haces capaces de los mayores sacrificios! Sí; la reina de Francia, la hija de María Teresa se arrojó á los piés de los viles satélites de sus perseguidores: mi hijo hizo lo mismo, y sus lágrimas mezcladas con las mias bañaron las manos, manchadas todavía con la sangre de mi degollado esposo. Vosotros lloráis, les decía yo con aquel tono que es solamente propio de una madre que habla por su hijo, ¡vosotros lloráis! Dejád pues que derramen vuestros enternecidos ojos esas honrosas lágrimas; no os corráis de ser hombres;

dad oídos á los clamores de la humanidad. Aquí tenéis á vuestros piés al hijo de un rey y á una reina, que están sin avergonzarse de su abatimiento, mas no sin padecer: juzgád del tormento que me vais á causar, por la humillacion á que me sujeto. — Permanecieron sin embargo inflexibles; y el gefe de la escolta mandó, para dar fin á aquella dolorosa escena, que me arrebatasen á mi hijo. Despedí un grito terrible, con el cual asustado el niño, se arrojó á mis brazos. Le estreché en ellos con las convulsiones del dolor y de la rabia; pero la naturaleza cedió á tantos esfuerzos, y quedé desmayada. Al recobrar los sentidos me hallé en mi cama, á cuyo rededor estaban, llorando la afligida Isabel y mi hija. Me abrazaban cariñosamente; pero como yo había perdido á mi hijo, me causaban poca impresion sus caricias, y no hacía mas que recibirlas.

Algunos días despues de esto se decretó, que fuese trasladada del Temple á la Consergería. Recibí este nuevo golpe sin que me hiciese impresion alguna; pero la causó muy grande á mi hermana y á mi hija. Por lo que á mí toca, bajé á este abismo sin perturbacion, y sin alegrarme ni entristecerme. Estuve por mucho tiempo sin poder llorar; ni ¿cómo me habían de quedar lágrimas, cuando ya todas se habían agotado por un esposo y por un hijo? —

Señora, dije á la reina, cuando concluyó de hablar, en medio de las muchas calamidades que han agobiado y agobian todavía á V. M., debe servirle de satisfaccion el poder estar tranquila acerca de su conducta. Convento con V. M., en que debiera haber guardado mas circunspeccion en sus acciones, en su porte y en sus palabras, así por su proprio interes, como por

atemperarse á las opiniones de los hombres, que juzgan casi siempre de las cosas por sola su apariencia. Pero nada veo, fuera de esas indiscreciones, que sea reprehensible en la conducta de V. M., pues en todos los peligros y adversidades en que se ha visto, ha sabido conservar un carácter magnánimo, y aquel precisamente que debía oponerse á los acontecimientos. Muger heroica y princesa esclarecida, ha sido V. M. al mismo tiempo esposa cariñosa y el modelo de las madres. Respéto mucho á V. M. para tomarme la libertad de elogiarla, y admiro sobrado su gran corazon, para atreverme á darle ningun consuelo: V. M. encuentra en sí misma todos los recursos, y á semejanza del sol, se nutre de su propia sustancia. Sin embargo, señora, si es laudable despreciar una muerte que estamos muy distantes de merecer, ¿por qué no ha de ser lícito

defender la propia vida de los asesinos? V. M. no opina sin duda, que sea un acto de valor el dejarse matar de los salteadores en lo mas desierto de un bosque. La razon, la verdadera filosofia, cuyos preceptos no ignora V. M., aunque no profesa sus dogmas; la religion, que sois tan digna de escuchar y estimar, y otros muchos motivos no ménos poderosos, prescriben á V. M. que salga de la situacion, en que la ciega é injusta suerte la ha constituido. Se lo suplico á nombre de la Europa entera que mira atenta vuestra contienda, y á nombre de los corazones sensibles de la Francia; y se lo mando de parte de Dios. Cualquiera que sea el fin de esta lucha, y aun cuando quedaseis vencida, sería siempre el resultado, tan glorioso para V. M. como vergonzoso para vuestros perseguidores. Mas no, no quedarán frustradas, señora, las negociaciones de milord

Fitz-Asland: conviene á la dignidad y á los intereses de las potencias evitar un nuevo atentado; y me atrevo por lo mismo á pronosticar, sin cometer la perfidia de intentar adormeceros en una falsa seguridad, que no tardaréis mucho en volver á ver y abrazar á vuestra hermana y á vuestros hijos. — Ojalá sucediese así! me respondió con acento melancólico; pero no lo espero, á lo ménos en este mundo. — Volvió en esto Michonis, y su llegada me recordó que no había yo ido á oír una narracion, sinó á discurrir los medios de librar á la reina de los peligros que la amenazaban. Pero ya eran muy cumplidas las dos horas que me había concedido el municipal, y su vuelta motivó ademas una escena, que si bien sencilla de suyo, no dejaba de ser muy tierna, y había imposibilitado á la reina el poderme escuchar con atencion.

Despues de la muerte de Luis, mientras sus hijos estaban juntamente con la reina, se le permitía á Carlitos, para que se divirtiese algun tanto y se le hiciera mas llevadera la prision, que se criase un perrito. Este animal, al mismo tiempo que servía de entretenimiento al niño, contribuía á la distraccion de la reina, que le habia puesto el nombre de *Fidelidad*, al cual correspondía muy bien el perro con sus halagos y lealtad. Cuando Carlos fué separado de su madre, *Fidelidad*, que hubiera querido acompañar á su amo, se consolaba de esta pérdida con las caricias que le hacía la reina; y aun cuando fué conducida esta del Temple á la Consergería, halló el perro medio para seguir desde lejos el coche de la desgraciada princesa, sin que nadie hiciera alto en ello. Pero así que llegó á las puertas de la cárcel, le ahuyentaron los

fieros carceleros, y desde entónces iba todos los dias á gemir y agazaparse debajo de aquellas funestas bóvedas, donde le recogía un llavero ménos inhumano. Aquel mismo dia habiendo visto de cerca á Michonis, le conoció, y manifestó su contento haciéndole muchas fiestas. Alegre el municipal, porque podía por este medio causar una agradable sorpresa á la encarcelada reina, procuró llevarle cuanto ántes á *Fidelidad*. No puede concebirse cosa mas tierna, que los primeros momentos de esta vuelta. El animalito, despues de haber manifestado con gozosos ladridos, con los movimientos de su cola y con repetidos saltos todo el placer que sentía, cediendo al exceso de su alegría se acostó á los piés de la reina, cuyos ojos arrasados en lágrimas probaban bien, cuán sensible era á esta afectuosa demostracion. Ved, me dijo Antonieta, que ya no hace

fiestas á la reina, sinó que agasaja á una muger desventurada. ¡Qué lección y qué modelo para la ingratitud de los hombres!

Dejamos á la reina, y al irnos me sorprendió cierta especie de contento que se descubría en el semblante de Michonis, y que me movió á preguntarle el motivo. Ya no es menester, me dijo, concertar planes, ni hay por qué acongojarse: la suerte y los amigos nos sirven mejor que pudiéramos desear. Al separarme de Vd., he encontrado con Toulan, el cual ha venido aquí á leerme una carta que ha recibido esta mañana de su alumno de Vd. — De mi amado Edwino? — Del mismo. Habla en ella de unos pliegos importantes, que deben estar en casa de Vd. — Vamos á verlos. — Contienen la vida y la libertad de la reina... — La vida y la libertad de la reina?... Será posible, gran Dios! Señor Mi-

chonis, ¿no se equivoca Vd.? — Ya verá Vd. que no. — Fuimos sin detención á mi cuarto, y no estaban las cartas, porqué todavía no las habían repartido en aquel barrio. Estuvimos esperando por mas de una hora con mortal desasosiego, hasta que vino por fin el cartero. Entre los varios pliegos que traía para mí, vi en uno la letra, no de mi alumno, sinó la de su padre. Lo abrí con prontitud.... una, dos, tres cartas!.... Hubiese querido devorarlas todas en un instante; y al pasar la vista por una que era de milord, leí estas consoladoras palabras: « En atención á los oficios que hizo Vd. con el rey, y por lo sabida que es la confianza que en Vd. tiene su familia, es probable que sea Vd. llamado por el Gobierno frances, para ayudarle á verificar este acto de justicia en favor de la reina. Van por un correo extraordinario las proposiciones que hace á

los miembros de la Convencion la Inglaterra unida con el Austria. Son tan favorables al Gobierno frances, que no se debe dudar que las admitirá, y que se conseguirá con esto la vida y la libertad de la reina. » O bondad de la divina Providencia! ; cuántas gracias te tributé en el alborozo de mi agradecimiento y de mi alegría!

Quería aun aquella misma noche mitigar con tan buenas nuevas las enconadas llagas de la reina, y tambien era del mismo parecer el buen municipal; pero habiéndose presentado este á las puertas de la Consergería, le detuvieron, con grande asombro suyo y mio, bajo pretexto de una órden reciente que prohibía á todos la entrada. Esta circunstancia, que me daba mucho en que pensar, nos hubiera causado la mayor inquietud, á no haber hecho renacer nuestras esperanzas las cartas de Fitz - Asland; y Michonis

creyó por entónces, que este incidente era efecto de una equivocacion, fácil de corregir. Dos dias pasaron sin que se oyese hablar de ninguna gestion por parte de la municipalidad ni del Gobierno, y sin que yo supiese nada de Michonis. No me atrevía sin embargo á manifestar con repetidas instancias el interes, que me tomaba en la suerte de la reina, porque ya era demasiado conocido, y acaso un zelo inoportuno hubiera perjudicado á su causa. Esperé pues sin dar paso alguno, aunque desazonado interiormente; y lo estuve mucho mas, cuando al fin del tercer dia supe por los diarios de la tarde la prision de Michonis, de Toulan, de otros diez municipales y de varios ciudadanos. Me quedé sin color al leer esta triste novedad, ménos por la relacion que podía tener con mi persona el peligro de los presos, que por lo mucho que in-

fluiría su suerte en la de María Antonieta, pues no debía dudarse, que la causa de su arresto era el afecto que habían noblemente manifestado á aquella princesa, en las varias ocasiones en que procuraron servirla. Podía con todo haber motivado semejante determinacion el temor del influjo de estos personajes en la opinion pública durante el proceso; pero ¿qué sería entónces de las esperanzas con que me había alucinado la carta de mis amigos?

Mientras estaba embebido en estas reflexiones, entró en mi casa un ministro del tribunal de policia interior, y me notificó una orden, en que se me mandaba fuese inmediatamente á presentarme. Juzgué que me habrían comprendido en la disposicion tomada contra los municipales, y seguí sin replicar á mi conductor.

Avivóse mi curiosidad y se me ofre-

cieron mil ideas, porqué el nombre del tribunal de policia interior llenaba á todos de miedo y admiracion; y estos fueron tambien los sentimientos que entónces me causó. Voy á comparecer, discurría á mis solas, delante de unos hombres, repletos de poder y de sangre, que disponen á su antojo de la vida de los ciudadanos, y de la existencia y destruccion del imperio. ¿Qué es lo que harán de mí, átomo imperceptible en los torbellinos revolucionarios? Los que con solo pestañar hacen estremecer los tronos, ¿perdonarán al insecto que les roe los zancos? voy sin duda á perecer, aplastado con desden debajo de sus piés. —

Al entrar en la sala de sus juntas, quedé sorprendido al ver á aquellos arrogantes dictadores, sentados de un modo llano y sencillo al rededor de una mesa redonda, ocupados los mas en escribir, mientras algunos, despues de

pedir licencia para hablar, daban cuenta de sus dependencias. Siempre había yo acompañado hasta entónces la idea del poder con la de la magestad; pero me desengañé de esta falsa preocupación en aquel lance, y me convencí de que es posible trastornar el mundo y hollar á los hombres aun con el traje mas sencillo.

Presidía este tribunal un viejo, á quien las canas, calva y aspecto severo daban la figura del Destino. Mandó que me acercase, llamándome por mi nombre, y me dirigió poco mas ó ménos el siguiente discurso.

» El Gobierno hace mas aprecio de la ingenuidad de un realista, que del disimulo de los falsos republicanos, y no ignora tu afecto y servicios á la familia de los Capetos. Pero como está persuadido de que solo has procurado serles útil sin perjudicarle, no tiene por criminal tu conducta, ántes por

el contrario quiere hoy mismo darte una prueba de la confianza que le mereces.

Sabes bien, que por una infame traicion han sido entregados á la venganza del Austria muchos representantes del pueblo, y algunos embajadores y generales. El emperador, condescendiendo con los deseos que le ha manifestado la Inglaterra por el ministro británico residente en Viena, propone el cange de estos prisioneros con las personas que están encarceladas en el Temple. El representante de la república en Suiza ha pasado esta propuesta á los comisionados, y el Gobierno la ha tomado en consideracion.

Como el secreto de su política consiste en la fuerza, y su diplomática en la victoria, la Francia, república, solo entra en negociaciones con los reyes, despues de haberlos vencido. Así, aunque nos sean muy apreciables

los sugetos que se hallan prisioneros en poder del emperador, no les podemos sacrificar la justicia, á que siempre debemos dar la preferencia. La justicia pues, no ménos que la seguridad del estado, exige que sea humillado en un patíbulo el orgullo de una reina culpable: se le va de consiguiendo á formar el proceso, y los verdugos están ya preparados. Sirva en hora buena á nuestros fieros enemigos de pretesto para horrorosas represalias este nuevo triunfo de la *igualdad*, que ellos llamarán un segundo regicidio; sacrifiquen, si quieren, á los republicanos que tienen aherrojados; la obligacion de los republicanos es morir por su patria, y la de esta vengarlos dignamente. Tal es la resolucion y tal la respuesta que el tribunal ha enviado al emperador, y que te participa, porque sabe que tú eres en Paris el medianero de esta negociacion. Te re-

pito, que no te lo vitupera, puesto que eres extranjero y no estás al servicio del estado; pero ya ves que no es tan indulgente con sus empleados infieles, los cuales pagarán con sus cabezas su infame traicion.

Tú ejerciste con el último Luis un ministerio de valor y de caridad, por encargo del Gobierno que había entonces, y el de ahora no te lo reprueba, ántes bien te brinda á que continúes haciendo los mismos oficios con María Antonieta, y deja á tu integridad el pormenor de tus conferencias con ella. El tribunal dará sus órdenes, para que no se te ponga embarazo alguno en el cumplimiento de tu encargo. »

Nada respondí, ni se podía responder á unos hombres tan inflexibles. Salí penetrado de terror, y para desvanecerlo, tuve, cuando volví á casa, que ponerme en manos de la divina

misericordia. Poco á poco se disminuyó mi turbacion , y recobré la esperanza, el valor y la conformidad. Ofrecí á Dios , que todo lo permite , el sacrificio de la vida de la reina ; y no pudiendo librarla de una muerte inevitable , determiné trabajar en disponerla para otra mejor vida.

---

NOCHE DUODÉCIMA.

---

El proceso de Maria Antonieta se puede llamar , en mi opinion , el mayor esfuerzo del heroísmo , y sus posteriores momentos el triunfo de la religion. Nadie tenía mas motivos que ella para estimar la vida , y parecía por lo mismo que debiera poner mayor empeño en conservarla : sin embargo , no se valió de otros medios que de los de una rigurosa y legitima defensa. Este siglo , tan fecundo en portentos , ha visto el maravilloso espectáculo de una muger , jóven aun y hermosa , que ha ido al patíbulo , como si fuese el término ordinario de su vida. El filó-